

—Sí, inmediatamente; y podéis dar gracias á Dios que no haya habido testigos, que si no... ¡Os juro que si me hallo aquí os hubiera metido de un puñetazo la cabeza entre los hombros!

Irguióse Ladurin al lado del ex corredor, que se había puesto lívido.

La actitud del joven era soberbia y Rosa lo observó y no olvidó jamás aquella magnífica cabeza de leal expresión; parecía un justiciero.

—¡Esto es una emboscada!—balbuceó Meraud.

—¡He dicho que de rodillas!—dijo el carnicero, cuya mano cayó pesadamente en el hombro de Meraud.

—¿De rodillas?

—Sí; cuanto más pronto mejor. Acabemos de una vez.

Y sin dar tiempo á Meraud para que protestase, de un empujón le arrojó á los pies de las dos mujeres.

—¡Perdón!—murmuró el ex corredor, mientras que Ladurin le sujetaba por el cuello, obligándole á inclinar la cabeza.

—Así, está bien; basta por hoy, y en cuanto á tus amenazas ya vigilaremos. Levántate y márchate pronto, ó te aplasto como á una cucaracha. ¡Vete!

Llevóle hacia la escalera, dióle un empujón para que bajase más de prisa y esperó.

Meraud se repuso un tanto al llegar al otro descansillo inferior y entonces empezó á lamentarse con su voz chillona y nasal.

—¡No me olvidaré de tí!—exclamó.—
¡Anda, hambrón, cástate con Rosa Godin!
¡Dios los cría y ellos se juntan! ¡Adiós! En París no hace cada uno lo que le acomoda.
¡Aquí hay Agentes para sostener el orden, y proteger á los vecinos honrados contra los matones! ¡Hasta la vista, muchacho!

—¡Cuando quieras nos veremos las caras!—replicó Ladurin con esa calma innata en el que es fuerte.—¡Que te vaya bien!

IX

Está convenido que en París no deben vivir durante el mes de septiembre las personas que se respetan y que deben abandonarlo á los brasileños, ingleses, japoneses ó bien á esos millonarios de los Estados Unidos.

No obstante, en el elegante hotel de Cour-la-Reine observábase gran animación al día siguiente de ocurrir los sucesos que hemos narrado, si bien no se oían los violines, cornetines de pistón ó contrabajos del baile, pero se daba una comida y una reunión en casa del almirante Kerhoët. En los hoteles inmediatos todas las ventanas estaban herméticamente cerradas, y las de los condes de Kerhoët abiertas de par en par, dejando de penetrar el fresco de la noche y salir el res-

plandor de las luces que iluminaban los salones. En estos hallábanse reunidos los duques de Rouévres, la señorita de Restaud, el marqués de Breynes, y de los habitantes de Morville no faltaba ni uno.

¿No debían en adelante formar una sola familia?

La felicidad embellece, y Elena demostraba, además, una alegría extraordinaria, y hacía gala de una belleza realmente embriagadora.

La Condesa, y su amiga la señorita de Restaud, sentadas en un sofá, sostenían una conversación muy frívola ocupándose de cosas sin importancia; empero Valentina, no obstante sus esfuerzos para aparentar una serenidad que no tenía, no podía dominarse. A su alrededor preparábase un drama y lo adivinaba, lo presentía. ¿Cuándo estallaría la temida explosión? Ahí encerrábase todo el problema, y la hora en que iba á verificarse ese suceso continuaba siendo incierta.

El Duque, que sostuvo una corta conversación con el Almirante, se marchó al poco rato pretextando que tenía que hacer algunos preparativos para la caza, y si alguien le hubiera observado en el momento en que se separaba de su adversario, no dejara de observar que de sus ojos escapábase una mirada irónica ó más bien de lástima.

No debían volverse á ver hasta hallarse en Seine-et-Marne, á donde marchaban al siguiente día.

La situación en que se hallaba Valentina

era muy semejante á la de la esposa de un Oficial que el día de la batalla, estando á cierta distancia del sitio en que se libraba, escuchase con mucha ansiedad esperando oír el estampido del primer cañonazo. Acordábase de su hija, y la necesidad de verla, conocerla y amarla, y borrar con sus besos las lágrimas que el abandono arrancara á sus ojos, era cada día más imperiosa ansiedad para Valentina, atormentándola, además, sin cesar.

Marta moviase con entera libertad yendo y viniendo por la casa, conservando en medio de esa espectación que presentía, pero cuya causa no adivinaba, su bondad inalterable, no exenta de un cierto matiz de tristeza. ¿A qué obedecía el cambio de que había sido la víctima?

Era indudable que la Condesa no la trataba con dureza, pero había mucha distancia de la distraída frialdad con que entonces la hablaba á la ternura de los primeros días.

Desde la noche que en el parque de Morville escuchó Jorge la revelación de la Condesa, experimentó una verdadera compasión y fraternal amistad hacia esa pobre joven que ignoraba quiénes eran sus padres y que se resignaba con su humilde condición de una manera que probaba una bondad tan angelical que no podía verla sin conmoverse y tenerla lástima por una servidumbre sufrida con tanto decoro. En su conversación, más de una vez, tuvo Jorge ocasión de admirar el buen sentido, la inteligencia y dulzura de

la señorita de compañía y á cada instante dominábale la tentación de decirla:

—Eres mi hermana: tu madre, que está á dos pasos de nosotros, te ama y protege, y por mi parte no tendría ningún inconveniente en quererte con toda mi alma y concederte el lugar que te corresponde en mi familia.

Al acordarse de que su madre se callaba conteníase, aplazaba esas expansiones y esperaba. Y esa espera producía un efecto que Jorge habría podido prever, á no ser tan modesto y tener mejor concepto formado de sus propios méritos.

Marta tenía un corazón, y ese abriase al amor poco á poco, y á pesar suyo, no comprendía cual era el oculto significado de las palabras de Jorge, y sólo sentía su encanto y sus caricias.

Sufría mucho Marta con esa amistad que no podía producir ningún resultado, porque Jorge debía casarse con otra, y al mismo tiempo que desempeñaba lo mejor que le era posible su papel de Hermana de la Caridad, consolando á ese espíritu dolorido, que no revelaba cual era su mal, sentíase atacada de una enfermedad que no tenía remedio.

La señorita Restaud se acercó á Marta, y cogiéndola de la mano, hizo que se sentase á su lado al piano, y abrió el libro de los valses de Straus á cuatro manos. Jorge sentóse cerca del piano y al lado de la señorita de compañía, mientras que el marqués de Breyne, apoyado en el respaldo de su sillón, con-

templaba el grupo formado por las dos jóvenes.

Los acreedores habían roto las hostilidades y el concurso, cual otra espada de Damocles, no estaba ya suspendida sobre su cabeza, sino que había caído, y hasta sus más íntimos le abandonaban.

El duque de Rouévres, que á pesar de su egoísmo habíale ayudado en distintas ocasiones, renunció á hacerlo en adelante, tan desesperado le pareció el caso, y para colmo de desdichas, el plan concebido, y del que esperaba obtener tan brillantes resultados, había fracasado por completo.

La carta de Rosa Godin dejóle anonadado, y aquella negativa rotunda y sencilla cayó sobre su cabeza como una pesada maza. Pasado el primer momento de sorpresa volvió á la carga y escribió diez cartas á cual más apasionadas, y obtuvo una segunda respuesta, ¡la misma negativa!

En el día en que esto sucedió fué al Mercado á la hora en que la joven abandonaba su puesto para volverse á su casa, y lo mismo que pudiera hacer un estudiante, la esperó en la esquina de la calle de Montorgueil, y allí, con una mirada suplicante y voz quejumbrosa, acompañó hasta su casa á Rosa, á pesar de sus protestas.

—No insistáis, señor Marqués,—le dijo al separarse,—porque es inútil.

Rosa, sin embargo de lo que decía, estaba aún indecisa, pues esa incesante persecución, las cartas ardientes del Marqués, los

trabajos continuados por que pasaba y las disputas que tenía continuamente que sostener, empezaban á quebrantar su resolución, haciendo que la balanza se inclinase del lado del Marqués, y en verdad que, dada su situación, necesitaba una gran dosis de resistencia y de virtud para no dejarse deslumbrar y ceder. Y con todo entró en su casa diciendo al Marqués una palabra en la que se encerraba la más rotunda de las negativas:

—¡Jamás!

En el momento en que vibraron en el aire los últimos acordes del vals, levantóse Marta y dejó sola á la señorita Restaud, y Jorge se acercó á su madre y á la Duquesa y se puso á charlar con ellas, y el Marqués se apoyó en el piano en frente de Elena, y miró á ésta cara á cara.

—¿Triunfasteis?—la dijo con acento muy amargo.

Miróle Elena y con acento de reto respondióle:

—Sí.

Con la cabeza apoyada en la palma de la mano prosiguió diciendo el Marqués:

—¿Y le amáis mucho?

—Sí.

—¿Y si hubiese un hombre que aún os amase?

—¿Vos?

—Sí.

—Responderiale que me importa muy poco desde el momento en que yo no le amo.

—¡Ah!

El Marqués no separó ni un momento del rostro de la joven su mirada cargada de bilis.

—Y la verdad es,—se dijo para su fuero interno,—que casándose con ésta lo arreglaba todo.

Y con una sonrisa maligna añadió:

—Me retas y haces muy mal, porque debías tratarme con ciertas contemplaciones.

—¿Por qué?

—Ya lo sabes.

—Sí, por temor á esas armas con las que me amenazasteis más de una vez valiéndoos de palabras encubiertas.

—La victoria, hermosa amiga, podría en poco tiempo convertirse en vergonzosa derrota.

—Como queráis,—respondió Elena con un altanero movimiento de cabeza;—pero sería tan repugnante que no me atrevo á creerlo. No me quiero doblegar á nadie y menos delante de vos, ¡antes delante de cualquiera!

Golpeaba con fuerza el piano con los dedos para ahogar el rumor de la conversación.

El marqués la interrumpió.

—No te amenazo,—dijo,—no hago más que observar lo que pasa á mi alrededor, y creo que tu futuro no pondría mala cara si alguien le enterase de la verdad.

—¿Lo creéis así?

—Sí, y poder retirar su palabra.

—¡Ah!

—Mirale. Desde el día que se compromie-

tió á casarse contigo tiene todo el aspecto de un alma en pena de esas que se purifican entre ardientes llamas. ¡Mirale! La duda hácele fruncir el entrecejo, y casi apostaría que pagaría bien, á un precio exorbitante, el relato auténtico y hasta certificado de tus aventuras, y créeme, hay alguien que podría escribirlo con mucha facilidad.

—¡Vos!

—¿Y quién lo duda?

—¡Ah!

—¿Y si eso sucediese, qué diriais?

—Que jugué un albur y que lo perdí, ¿á qué viene el contarme todos esos cuentos?

—Porque hay momentos en que tu recuerdo me persigue, y me vuelve loco ese amor que en tiempos me embriagó y enloqueció.

—No me hagáis reir, ¡amar vos! ¡Vamos, tenéis ganas de broma!

—¡Palabra de honor que sí! Recuerdo sin poderlos olvidar tus ojos medio cerrados, la adorable languidez de tu cuerpo de esculturales formas y de esos cabellos, encanto del mundo, esparcidos y en desorden sobre tus hombros. ¡Qué quieros, hay cosas que no pueden olvidarse jamás!

El estrépito del piano hizose inaguantable, y parecía que iban á romperse las cuerdas, porque Elena empezó á tocar con energía, digna de una charanga de bomberos, la marcha de los soldados de *Fausto*.

Entre dos compases lanzó al rostro de su primo este apóstrofe.

—Te conozco de sobra y sé que nada te

conmueve como no sea el fuego, ni te atrae á no ser el dinero. Busca una mujer que tenga una buena dote, y no dejarás de hallarla entre esos que subieron de la nada y desean engalanarse con un título, ¡vende el tuyo! ¿Qué te importa la mujer?

La lucha habíase entablado entre dos seres que no se encolerizaban cambiando sus injurias en voz baja y burlona, procurando únicamente que no le oyosen desde el otro extremo del salón, y la marcha de los soldados de *Fausto* es excelente para esos casos, pues posee virtudes muy recomendables para aislar á sus intérpretes.

Ambos eran viciosos, pero el Marqués tenía sobre Elena incontestable superioridad y no quedaba nada en él que no le estuviese gangrenado hasta la médula, y en cambio en Elena era fácil encontrar aún una parte vulnerable, el corazón. Había sido víctima de una primera caída, y esa caída, como dice el Psalmista, trajo otras sucesivas, el abismo llamaba al abismo y la desdichada luchaba en un precipicio, en la cloaca á que la arrojara el desalmado autor de su desgracia.

Elena siguió diciendo:

—Sin ir más lejos, en este mismo salón tenéis dos ejemplares: el primero el del Almirante, al que su mujer aportó una dote de algunos millones procedentes de la banca. Los Fontanet, dedicáronse en tiempos al descuento de letras; el segundo, mi tío, que se casó con el saco de escudos de un tratante de granos, ¡imitadles!

—Es muy difícil, lo intenté.

—¿Y no lo conseguisteis?

—No, según parece los títulos nobiliarios no están de moda.

—Tal vez sea el vuestro el que no gusta, peor para vos.

—¿De modo, — preguntó el Marqués, — que te obstinas en tu propósito? ¿Seguirás negándote?

Con acento seco replicó Elena:

—Siempre.

—¡Sea! Los que vivan lo verán. Acuérdate de que entre la copa y los labios hay distancia, y el altar aún no recibió vuestros juramentos.

—¿Tan arruinado estáis?

—Sí.

—¿Ni esperanza?

—No me queda más que una carta, ruega á Dios que sea buena, que si falla, pronto sufriremos las consecuencias.

—Como queráis.

Alejóse el Marqués con indolente paso, con el paso propio de esas personas que están hastiadas de todo y que no saben donde hallar una emoción que sirva de excitante á sus nervios atrofiados. Lo que el Marqués buscaba no era una emoción, por la sencilla razón de que hacía muchos años que las estaba experimentando con exceso, sino un expediente para salir del mal paso en que se hallaba metido y en el que agonizaba lentamente. Era preciso que sin pérdida de momento tomase una resolución.

Saludó á la condesa de Kerhoët, y saliéndose del hotel se dirigió al suyo.

Al poco rato quedó casi desierto el salón, en el que sólo permanecieron la señorita de compañía descifrando á la sordina una partitura nueva que tarareaba acompañándose al piano y Jorge, que medio tendido en un sillón escuchaba atentamente la música con los ojos fijos en Marta.

Volvió ésta la cabeza, y al observar que estaban solos en el salón hizo un movimiento poniéndose en pie para marcharse.

—No os marchéis, quedaos, — la suplicó Jorge.

—Pero...

—Os lo ruego.

—Es tan tarde.

—No son más que las once, y ya sabéis que para mañana tenemos proyectada una excursión.

—Sí, al Mercado, á visitar á esa pobre Rosa.

—¿No lo olvidaréis?

—No tengáis cuidado.

—A las tres en punto nos iremos á la estación.

—Convenido.

Hizo Marta un movimiento para retirarse.

—¿Qué prisa tenéis! — exclamó Jorge. — ¡Cualquiera diría que huís de mí.

—Haríais muy mal... si lo pensaseis... ¿por qué había de huir?

—Esa misma pregunta me hago yo, ¿qué somos ambos? Dos personas amigas, un her-

mano y una hermana, ¿no habréis olvidado nuestro convenio?

—No.

—¿No observáis que desde algún tiempo amenaza á esta casa una tempestad?

—Pero...

—Desde el día en que regresó mi padre; mas es indudable que él no tiene la culpa, si bien le encuentro más agitado. Mi madre tampoco puede contenerse, y á mi paréceme todo anómalo; hasta Benita parece como que á veces se irrita por cualquier cosa, y vos misma, Marta, no estáis tan contenta ni sonreís con la frecuencia de antes.

—Os juro que...

—No me lo neguéis, sed franca conmigo, ¿qué es lo que tenéis?

—¿Qué queréis que tenga? ¿No es mi vida una de esas en que todo está previsto? ¿No deben parecerse unos á otros todos los días? No tengo de qué quejarme y no me quejo.

—¡Mi madre era muy buena con vos!

—Y sigue siéndolo.

—No sé por qué, figúraseme que la encuentro cambiada tratándose de vos...

—Quién sabe si tiene algún quebradero de cabeza... penas... disgustos...

—¡Disgustos! ¿Observasteis alguna cosa?

—Está muy nerviosa é inquieta.

—¡Es verdad! A mi madre la pasa lo que á los demás... lo que á mí...

—¿A vos?

—Nada, ya pasará.

Estuvo en muy poco que Jorge no revelase lo que le pasaba. Miróle Marta, fijando en él sus ojos en los que se leía la expresión de una divina pureza.

—Ahí tenéis cómo tampoco vos sois sincero, y así faltáis á nuestros tratos, — dijo con acento cariñoso.—Suponed que soy vuestra hermana y que os pregunto: ¿qué tenéis, Jorge?

El acento que empleó la señorita de compañía convenció á Jorge.

—Pues bien, Marta, en ese caso, os respondería que soy muy desgraciado.

—¿Será posible?

—¿No lo adivinasteis?

—Sí.

—En esta casa se preparan grandes cosas; el honor me prohíbe hablar, y temo mucho que los acontecimientos no os lo den á conocer mucho antes de que yo pueda deciroslo. En cuanto á mi, deploro el tener que encadenar mi libertad, perder así mi vida; temo mucho por el porvenir, porque en el fondo de lo que pasa ocúltase tremendo y odioso misterio, y me veo en la dura precisión de huir de lo que amo y á unirme á lo que aborrezco.

—¿Qué queréis decir? ¿Me asustáis!

—No me pidáis más explicaciones, Marta, porque ya hablé demasiado, ¿con qué derecho podría permitirme turbar vuestra tranquilidad tomándoos por confidente de mis penas y de mis aprensiones?

Escuchó Marta embelesada estas palabras,

que sonaron en sus oídos como una música deliciosa, llegándola hasta el corazón.

—Hasta mañana,—dijo dando un paso hacia la puerta.

—Sí, hasta mañana, y acordáos, Marta, de que suceda lo que quiera, á vos no os pasará nada ni os alcanzará ninguna desgracia.

—¿Por qué?

—Porque suceda lo que quiera podréis contar con mi amistad y mi adhesión que jamás os faltarán; nada en este mundo tendrá fuerza bastante para privaros de ellas!

Alejóse muy pensativa, y al llegar á la puerta no se atrevió á volverse y desapareció.

—¡Ah!—pensó muy apenado Jorge.—¡Por qué será mi hermana y por qué no podré yo decir que soy libre!

X

Desde el momento en que el marqués de Breynes entró en su casa, el mal humor que le dominaba, y que había tenido necesidad de disimular ante los extraños, convirtiéndose en un verdadero furor. Estaba furioso por haber echado á perder, con sus calaveradas, un magnífico porvenir, derrochando

en inconcebibles locuras una fortuna que no era posible recobrar, cansando á sus amigos con repetidas peticiones, ahogado su crédito y deshonrado su apellido.

Medio tendido en una banqueta veíase á un lacayo, en el que bajo la nueva librea, no era difícil reconocer á Narciso Minard, en posesión del nuevo empleo desde por la mañana.

—Manda enganchar,—le dijo el Marqués con acento seco.

—¿Piensa el señor Marqués ir al Circulo?—preguntó Minard.

—¿Tengo costumbre de enterar á nadie de lo que hago?

—No.

—Pues entonces, ¿á qué viene esa pregunta?

—¿Duda el señor Marqués de que le soy muy fiel?

—Pero, ¿de qué se trata?

—Esta mañana oí al señor Marqués que preguntaba á John si le sería fácil encontrar uno ó dos hombres capaces de prestarle un servicio que necesitaba; dos hombres de acción, en una palabra.

—Es cierto.

—Y el señor Marqués añadió que uno solo bastaría porque contaba con Minard.

—También es verdad.

—Medité mucho acerca de las halagüeñas palabras, y...

—¿Cuál fue el resultado de vuestras meditaciones?

—John respondió evasivamente que vería, que buscaría, y buscó y no encontró.

—¿Y bien?

—El señor Marqués deseaba hacer el negocio con uno ó dos ingleses, y creo que si el señor Marqués no tuviese preferencias por determinada nacionalidad, podría arreglarse el asunto.

—¿De qué manera?

—Un amigo mío, un antiguo compañero, hombre con el que se puede contar y que ha desempeñado varios empleos, sirviendo lo mismo para cochero que para domador, está ahora sin colocación.

—¿Y le conocéis á fondo?

—Hace diez años, señor Marqués, y puesto que se necesitan dos hombres, el señor Marqués puede disponer de mí como tenga por conveniente, respondiéndole que ha de quedar satisfecho.

—Es que no sabéis de qué se trata.

—Dispénseme el señor Marqués, pero hablé con John, que no peca de charlatán; pero que á mí con media palabra me basta, y pude comprender, después de oír algunas frases muy obscuras que se le escaparon, y sobre todo enterándome de lo que decía Bob, que es más aficionado á hablar, supe que el señor Marqués, con un objeto que no alcanzo, hace el amor á una joven que vive por el Mercado.

—¿Y qué más?

—Que esa joven no se muestra muy amable.

—¿Y bien?

—Que ideé una novela, porque desde que esta mañana abandoné la cuadra, lo que me sobra es tiempo.

—Veamos qué novela es esa que os forjasteis.

—Supuse que para hacer el amor á esa joven que vive en un barrio tan popular, es preciso que el señor Marqués esté muy enamorado...

—¡Ah! ¡Váis por mal camino, amigo!

—O que el señor Marqués tenga un interés muy grande en captarse las simpatías de esa joven que tan recalcitrante se muestra.

—Observo que os expresáis con mucha distinción.

—Empecé á estudiar, pero jamás pude concluir nada, porque si se ha de decir la verdad, tuve siempre una pereza tan grande como la de esos lagartos que se echan al sol, y al ver que necesitaba trabajar para comer, senté plaza de criado, y conozco á muchos que están muy enterados de eso del griego y del latín, y que no están en una posición más ventajosa que la mía. El servir es un modo de vivir como otro cualquiera, que no deja de tener sus ventajas, dejando para los otros todos los inconvenientes.

—Dejémoslo á un lado y volviendo á nuestro asunto, ¿deciais?...

—Que el señor Marqués debe tener un interés muy grande en captarse las simpatías de esa rebelde joven. No pido al señor Marqués que me cuente sus secretos, pero

estoy convencido de que hay que atenerse á esta suposición.

—Pase, ¿y qué conclusión deducís?

—Que el señor Marqués necesita dos hombres de acción, es decir, hablemos sin rodeos, dos galopines que le sirvan bien, aun cuando haya que sortear algún artículo del Código Penal, ó arriesgar un cumplimiento del Fiscal. La cuestión es que se consiga reducir á la obediencia á esa joven valiéndose de un medio cualquiera.

—¿Y por qué medio?

—Un rapto, por ejemplo. Bajo el antiguo régimen practicábase eso con mucha frecuencia; hoy cuesta más trabajo con los guardias, los rondes, los gendarmes, el gas, el telégrafo y los ferrocarriles, pero todo puede arreglarse.

—¿Lo creéis así?

—Estoy seguro de ello. Todo es cuestión de precio. El dinero es el nervio de la guerra.

—¿De modo que creéis que se puede conseguir alguna cosa?

—Con mucha facilidad, sobre todo cuando como ahora pasa, se puede disponer de una casita de campo, y el señor Marqués posee una no muy lejos de París, y á la que se puede ir en pocas horas con un buen tronco sin necesidad de pararse en ninguna parte.

—Me parece muy bien razonado.

—Es que no carezco de lógica. Una vez dispuesto no tendría que hacer más que inventar un pretexto cualquiera, y esto no debe ser muy difícil para atraer á esa señorita

al lado de la portezuela de un carruaje que esperaría de noche en un sitio poco alumbrado por el gas. Sitios que reunan esas condiciones ya sabe el señor Marqués que abundan en París, y con un poco de habilidad se mete el pájaro en la jaula, se cierra de prisa la portezuela, y ¡arrea cochero! ¡Qué te busque quien te vió!

Narciso hizo una pirueta sobre los talones y dijo:

—Ahí tiene el señor Marqués mi novela.

—¡Sois un hombre listo, señor Minard!

—Y me atrevo á decir que capaz de dar un buen consejo.

—Ya lo estoy viendo.

—Sólo que antes de terminar debo manifestar una cosa al señor Marqués. He dado antes muchos consejos, lo mismo á mis amigos que á mi propia persona, y esos consejos eran excelentes en teoría, pero en práctica jamás salieron bien, y es de creer que llevo la mala sombra á todo lo que me acerco. Hago esta confesión, porque no quiero que el señor Marqués pueda decir jamás que le engañé.

El señor de Breynes no le escuchó, y durante un momento paseóse por el vestíbulo llevando los brazos cruzados y muy inclinada la cabeza en la actitud de un hombre entregado á profundas cavilaciones.

Ese lacayo tan perverso como él, más perverso quizás, daba forma con sus palabras á los pensamientos que le dominaban hacia tres ó cuatro días.

¿Qué arriesgaba? ¿No estaba perdido? ¿No tenía embargados todos sus muebles y en vispera de que se vendiesen en pública subasta? Unos cuantos edictos que manchaban las paredes de su casa y que no podía arrancar de ellas, así lo anunciaban pregonando su ruina.

Rosa constituía la última carta de su juego, y conforme dijera á la señorita de Restaud era una carta soberbia, mas para poder contar con ella se necesitaba dominar su obstinada resistencia y persuadirla, obligándola á que sin más dilación se sometiese á todo, y de no hacerlo así, todo estaba perdido. Volvióse hacia Minard:

—En efecto, todo eso no es más que una novela, pero sin inconveniente podría convertirse en realidad, ¿decís que tenéis un amigo que puede servir?

—Que no tiene escrúpulos, señor Marqués.

—¿Ágil?

—Como un clown.

—¿Y dispuesto á todo?

—Sí, pagándole bien.

—Venid conmigo.

—¿No piensa salir esta noche el señor Marqués?

—No.

Abrió Roberto de Breynes la puerta de su gabinete, hizo que entrase Minard y corrió el cerrojo.

XI

No es posible dar idea del estado de exasperación en que se hallaba Meraud cuando regresó á su casa, y su orgullo, propio del hombre que subió de la nada, sufrió una herida incurable.

Como sucede siempre, con la reflexión ocurriéronsele saludables ideas de prudencia, porque comprendió que Ladurin era hombre al que no podía manejar á su gusto y con el cual no debía meterse si quería tener entera la piel.

Después de pensarlo mucho resolvió háberselas con las dos mujeres y dejar á un lado á Ladurin como á personaje peligroso al que no convenia acercarse sin tomar antes algunas precauciones. No pudo dormir y toda la noche pasóla pensando en la humillación que había tenido que sufrir.

¿Acaso el carnicero, sin más que apoyar la mano en su hombro no le había arrojado á los pies de Teresa Godin, su víctima de otros tiempos y vilipendiada de todos los modos que puede hacerlo un hombre infame, y cuyos mudos dolores no le habían desarmado nunca?

Enfurecíale el recuerdo de Rosa, que bur-

lándose de su simplicidad le incitó á explicar tranquilamente todos sus proyectos con asquerosa crudeza, á poner de manifiesto sus vergonzosas ofertas, para en seguida rechazarlas con insolente altanería, con la misma con que una Duquesa volvería la espalda á un lacayo insolente.

Meraud conocía el Mercado al dedillo, al igual que un propietario su casa y un guardado de custodia del bosque que está encargado de custodiar, y estaba, además, al corriente de todas las intrigas y enredos que en él se tramaban.

Antes de que diesen las siete de la mañana, más de veinte comadres estaban enteradas de la historia de la cita de los Campos Eliseos, no como era en realidad, sino adornada con cuantos detalles requería su argumento.

Al amanecer se puso Meraud en campaña y empezó el ataque, y moviéndose en diferentes sentidos, sembró la noticia acompañándola de encarecidas recomendaciones para que guardasen el secreto.

Dijo que se hallaba paseando tranquilamente por los Campos Eliseos, ¿y qué había visto de pronto? ¡Oh! ¡A la señorita Rosa que se paseaba por allí apoyada en el brazo de un caballero muy bien vestido, y lo que más le llamó la atención fue el que á la enamorada pareja seguía un elegante carruaje con dos millores con lujosas libreas en el pescante, que no había más que ver, y después de todo, el coche no estaría allí á humo de

pajas, sino que sirvió para algo, porque la señorita subió con mucha ligereza al lado del caballero que la diera el brazo, y el carruaje se alejó, llevándose á los enamorados á lugares desconocidos.

—¿Estáis seguro, señor Meraud, de lo que decís?

—¿Y cómo no estarlo?

—¡Es tan fácil equivocarse siendo de noche!

—¿Me tomáis por un ciego?

—Hay parecidos tan notables...

—¡Cuentos! ¿Y esto?

Y sacaba la tarjeta del Marqués que Rosa arrojó á Clara ¡á la cara, y que esta había guardado con mucho cuidado.

—Ya véis que no se oculta y que lleva su poca vergüenza hasta el extremo de venirla á buscar al puesto, ¡esto es una indignidad! y no parece sino que á todo el mundo le agrada poner de manifiesto las faltas que comete.

—¿Y qué queréis?

—Cuando se comete una falta como esa debe procurarse el ocultarla. El amor sirve de excusa y se comprende que una joven como Rosa se hubiese enamorado de un hombre de los del barrio, de uno de esos buenos mozos que abundan en el Mercado y que son de su clase; al corazón no se le manda; pero ¡con un Marqués! ¡Se vende por dinero y el Mercado está deshonorado!

Con mucha habilidad mezclaba Meraud la verdad y la mentira, y toda la mañana em-

pleóla recorriendo el círculo de sus amigos, y comunicando la buena nueva, y antes de separarse de una vendedora decíala con mucho encarecimiento:

—Sobre todo os encargo que no digáis nada, porque si se enterase la madre Raguanel tendríamos un disgusto; porque es muy viva de genio y capaz de plantar á la madre en la puerta de la calle, y después emprenderla con la chica dándola un escándalo. He oído decir que el pasante se quería casar con Rosa, ¡que allá se las arreglen! Sentiría mucho causar un disgusto á esa desdichada, así que no me importa lo que haga y con su pan se lo coma.

Habíalo sentido mucho efectivamente, porque el pobre hombre obraba sin malicia arrancando la piel al prójimo. ¡Y qué cara tan lastimosa ponía al hacerlo!

—El que se pondrá furioso es el dueño de ese célebre restaurant del boulevard, que hace tantos años estaba entusiasmado con Rosa, ¿qué habría dicho á haber visto la otra noche á su favorita en el paseo? ¡Otros han madrugado más que él, imbécil! ¡Cuantos cestos de cangrejos y anguilas la compró pagándolos á más de su precio, sólo por su bonita cara! ¡Se necesita ser bestia para hacerlo!

Meraud debió quedar satisfecho de su obra, porque gracias á sus maniobras se corrió el rumor de un extremo á otro del Mercado desde los puestos del pescado á los de verduras, y desde los de caza á los de leche,

con la misma rapidez que se enciende un reguero de pólvora.

El único sitio en el que Nicolás Meraud no se atrevió á presentarse fue en el de las carnicerías, y tan luego como veía la elevada estatura de Ladurin, su barba negra y el rizado cabello que le caía sobre la frente, escurría el bulto escondiéndose detrás de los cocineros ó tras un montón de verduras entre dos hileras de puestos.

Poco trabajo costóle á Rosa comprender cuáles eran las maniobras del enemigo; vió que todas las cabezas volvíanse al otro lado, en lo que adivinó una hostilidad latente contra ella; pero, ¿cómo detener ese flujo de calumnias? La conducta del Marqués contribuyó á que fuesen verosímiles; ¿cómo hacer para que quedase á un lado lo falso y al otro lo verdadero, cuando estaban tan hábilmente confundidos?

A las once, hora en que casi toda la venta estaba concluída, levantóse un murmullo general porque nadie ignoraba la aventura.

La *Pintada*, á la que enardecían los comentarios generales, atrevióse á todo, y aprovechando el movimiento de la opinión que se volvía contra Rosa, fue la primera que habló alto. En vano la pobre joven dirigió á todas partes su mirada y no encontró aquellas simpatías que en otros tiempos consolaban su corazón aleutándola en los momentos más dolorosos de su vida. Hasta la señora Brejot, su protectora, mirábala con tristeza y en su honrado rostro adivinábase

el disgusto, y tanto la lastimó esto, que al fin Rosa no se pudo contener, y volviéndose hacia su vecina, la preguntó:

—¿Qué es lo que tenéis, señora Brejot?

—¿Qué es lo que tengo?

—Sí; como observo que no me habláis, me extraña, y francamente, temo haberos dado algún disgusto sin saberlo.

—No, hija mía, no hay nada de eso,—respondió la pescadera enternecida de pronto.

—Pero, entonces ¿de qué se trata?

—¿No sabes lo que dicen de ti?

—Me lo figuro. Al ver á Meraud dando vueltas por ahí y hablando al oído de todo el mundo lo supongo. Se tratará de alguna indignidad; pero, ¿de cuál?

—¡Ah! ¡Eso! ¡Eso es!—dijo suspirando la Brejot.—¿Tienes empeño en saberlo?

—Creo que siempre es mejor saber las cosas que ignorarlas,—respondió Rosa haciendo un esfuerzo para aparecer tranquila.

—Acércate, y ya que te empeñas te lo contaré todo, por más que no me agrada el hacerlo; pero ten presente, Rosa, que no es más que por amistad; ¡acércate, y tanto peor!

Hablaron dos minutos en voz baja y la Brejot señaló varias veces á la vendedora de Meraud. Frunció Rosa el entrecejo, y por la primera vez, desde que estaba en el Mercado, iluminó su mirada un fulgor siniestro y sintió en el fondo del corazón una rabia rencorosa contra sus compañeras.

—¡Ah! ¡Ha sido esa! ¡Esa!...—exclamó.

—Pero, ¿es ó no verdad?—replicó la anciana pescadera.

Rosa se echó un paso atrás.

—¡Ah! ¡También lo creéis vos! ¡Creerlo vos, madre Brejot!—murmuró con acento doloroso.

—¡Diantre! ¿Y qué quieres que haga si te vieron en coche con ese Marqués?

—Sí, es cierto.

—Pues bien, entonces pueden sospechar...

—¡No! ¡No pueden sospechar nada, porque nada es verdad!—interrumpió Rosa con energía.

—Si me lo dices así no tengo ningún inconveniente en creerte,—respondió con dulzura la madre Brejot;—pero ¿harán lo mismo los demás?

¿Qué razón tenía la buena mujer! ¿Cómo convencer á los demás? Rosa estaba juzgada, y para sus amigas y compañeras del Mercado no era más que una mujer sin honra. Desesperada volvióse al puesto, sintiéndose anonadada por esa lógica inflexible que con nada podía destruir. No se hallaba en el caso de ir contando á voces que ese marqués de Breynes, un millonario, según todas las apariencias, que poseía un hotel en la calle de Prony y una quinta en Seine-et-Marne, perseguía con sus declaraciones, habiendo llegado hasta el extremo de ofrecer que se casaría, y que ella no aceptaba ni título, ni rentas, ni marido.

Había de tardar muy poco en recibir en medio del corazón otra herida mucho más

dolorosa, irremediable, tratándose de un alma altiva como la suya.

Pedro, cuyas sospechas despertara la lectura del sobre de la carta que llevaba Anita al correo, llegó al Mercado precisamente en el momento en que los rumores tenían más fuerza.

Entró el pasante en la gran calle que divide en dos las alas destinadas á pescadería y verdulería, presentándose allí tan pulcro y tan atildado como siempre, recién afeitado y de levita negra, llevando bajo el brazo la gran cartera de sagrén repleta de papeles.

Detúvose al llegar al puesto de su madre y estuvo hablando con ésta durante unos cuantos minutos.

La verdulera le decía en voz baja:

—Sí, es cierto lo que dicen.

—¿De veras?

—No es posible dudarlo; por otra parte estaba escrito, al galgo le viene de casta, y ya comprenderás que en adelante no puede haber nada común entre esas personas y nosotros.

—¡Ah!

—La madre volverá el domingo, esto es lo convenido, y de no ser así la plantaría en la puerta de la calle, pero por unos días no tengo ningún inconveniente en aguantar su presencia.

El pasante púsose muy pálido, pero se resignó, y la cólera, el despecho y la sorda irritación que le dominaban desde el día en que viera la carta, le contenían dándole fuer-

zas al corazón contra su amor, que siempre hablaba en favor de Rosa.

—En fin, ¿estás segura?—preguntó por última vez Pedro.

—Es público, y Rosa ni siquiera se defiende. Clara, la revendedora de Meraud, tiene una tarjeta del Marqués, y si tú quieres puede enseñártela.

—¡Es inútil!

—Lo que me choca es que esa muchacha haya tenido cara para presentarse en el Mercado, porque cuando se cuenta con el apoyo de un Marqués no hay que tomarse la molestia de venir aquí para ganar cien sueldos vendiendo peces de río. En fin, que no ignoras lo que pasa.

—No.

Abrazó Pedro á su madre besándola con una frialdad que llamó la atención á la matrona. Esta, sin embargo, hizo como que no lo notaba diciendo:

—Es natural, le gustaba mucho, ¡bah! ¡Ya se le pasará!

Desde el puesto de su madre fuese Pedro directamente al de Rosa, y al llegar tocó ligeramente el ala del sombrero, y más ligeramente aún la mano que le tendió la joven, mano sonrosada, y aún húmeda con las gotas del agua del vivero de las anguilas de donde acababa de sacarla. Al observar aquella conducta sintió Rosa como frío en la región del corazón, empero haciendo un esfuerzo procuró dominar su malestar y disimularlo con una sonrisa melancólica. Con-

vencióse de que á Pedro le habían contado todo y que creía lo peor.

—Ayer no vinisteis á verme, Pedro,—le dijo con mucha dulzura.

—No, y en adelante vendré aún con menos frecuencia.

—¡Ah!

—Y creo,—añadió con voz ahogada,—que no vendré nunca.

—¿Y por qué?

—¿Tenéis necesidad de preguntármelo?

—Sin duda, pues no es fácil que adivine en qué razones os fundáis.

—Por mi parte no me atreveré á deciros las, únicamente que como á mí me gustan las situaciones muy claras y despejadas, os ruego, Rosa, que tengáis presente...

Al llegar á esto tornóse temblona su voz, y haciendo un esfuerzo para acabar cuanto antes añadió muy de prisa:

—Que todo concluyó entre nosotros.

Miróle Rosa cara á cara levantando la cabeza al oír ese insulto.

—¿Lo habéis pensado bien?

—Sí.

—Está bien.

Rosa no quiso tomarse el trabajo de defenderse y no añadió nada.

Al acercarse el hombre al que en el fondo de su corazón consideraba como su futuro, púsose en pie, y después de cambiar estas palabras volvióse á sentar, apoyando la cabeza en la palma de la mano y dejando vagar su mirada por el Mercado mirando á los

que entraban y salían sin cuidarse de Raguanel, que continuaba en pie al lado del puesto.

—¡Rosa!—dijo esperando que la joven se disculpase.

—¿Qué?

—¡Al menos defendéos ya que os acusan!

—Me importa poco.

—Me ponéis en un potro.

—¿No acabáis de decirme que en adelante no hay nada común entre nosotros?

—Es que...

—Adiós, señor Pedro, no tengo nada de qué reprocharme, y aún cuando no os odio no olvidaré nunca que dudasteis de mí lo mismo que los demás. Pues bien, todo concluyó, ¡adiós!

—¡Rosa!—dijo Raguanel con acento suplicante.

—Os ruego que os marchéis pronto y no os estéis ahí, podéis comprometerme, porque mañana tal vez os cuenten en el número de mis amantes, ¡adiós!

Aquella lucha era demasiado penosa para la pobre joven, y una lágrima reprimida por el orgullo asomó al extremo de sus sedosas pestañas.

Conmovióse Pedro Raguanel, experimentando un remordimiento por su manera brutal, y murmuró algunas excusas vagas.

—Adiós,—dijo á su vez con despecho el pasante.—¡Adiós!

Y colocando bien la cartera bajo el brazo alejóse del puesto de Rosa.

Vióle ésta detenerse en el puesto de Clara que, al parecer, le contó con mucho misterio cosas que debían ser muy agradables, porque se interrumpía de vez en cuando con ahogadas carcajadas al mismo tiempo que miraba á su rival, más que con malicia con insolencia.

Raguenel marchó del Mercado sin volver ni una sola vez la cabeza y Rosa exhaló un profundo suspiro.

Presentóse en el Mercado uno de los mejores parroquianos de la Godin, y en vez de dirigirse al puesto de ésta, encaminóse directamente al de Clara sin saludar á Rosa, que permaneció inmóvil en su sitio. Aquello era el triunfo para su rival y el abandono, el desprecio para ella, siendo preciso renunciar á la competencia, que se hizo imposible de todo punto, y sus escasos recursos agotábanse rápidamente.

Meraud mirábala con vigor y no le detenía ningún obstáculo ni remordimiento. ¡Rosa hija suya! Si lo meditaba un poco tenía alguna presunción de que podía serlo, pues á Teresa Godin nadie le conoció más amante, y él fue quien la deshonró; pero no se detenía ante tan poca cosa, repitiendo con mucha frecuencia su argumento:

—¡Bah! Tratándose de mujeres, ¿quién es capaz de asegurar nada?

Con el rostro contraído y apretados los dientes, seguía Rosa con mirada en que disimulaba mal su impaciencia todas aquellas maniobras, y en los ademanes con que la

Pintada exprehaba su triunfo al parroquiano, que era uno de los mejores con que contaba. ¿Qué le habrían podido decir para quitárselo?

De la conversación que ambos sostenían llegaron algunas palabras á los oídos de Rosa.

—¿De modo que al fin se decidió?

—Así parece,—contestó Clara.

—¿Con que al fin pasó por donde tantas otras y lo echó todo á rodar?

—Estaba escrito; su madre ni esperó ni se hizo rogar tanto.

—¡Qué lástima!

—¡Sí, es una lástima!—respondió Clara con maliciosa sonrisa,—porque no era lo que precisamente esperábais; ¿no queríais decir eso?

—¡Diantre! Hay que confesar que la muchacha vale un imperio.

El parroquiano dió sus órdenes y se marchó á otra parte sin volverse hacia Rosa, que continuaba en su puesto enrojando de cólera. Oyó con toda claridad las últimas palabras de la *Pintada*, que aprovechaba gustosa la ocasión que se le presentaba para zaherir á una rival que durante muchos años habíala humillado y eclipsado.

Clara salió del puesto y se puso á arreglar los cestos vacíos que estaban alrededor. Cuando se irguió encontróse frente á frente con Rosa, que centelleándole la mirada y descoloridos los labios á impulsos de la cólera, la dijo:

—¡Vamos! ¡Hoy debéis estar contenta!
¿Concluisteis de decir mentiras?

Asustóse la *Pintada* de la expresión de los ojos de Rosa Godin, y retrocedió asustada, tan amenazadores le parecieron. Era, no obstante, de esas mujeres que no se intimidan fácilmente, y se repuso en seguida.

Las demás vendedoras, puestas en jarras unas, y con las manos metidas en los bolsillos otras, disponíanse á presenciar la escena.

—Va á pasar lo que yo temía,—murmuró la madre Brejot con pena.

—Mejor sería separarlas,—observó la Ro-cher.

—¡Que hagan lo que quieran!—dijo una tercera.

—¿De qué habremos concluido?—replicó Clara la *Pintada* con acento burlón.

—De ocuparos de lo que no os importa.

—¡Ah! ¡Escucháis lo que dicen los demás!
¡Quien escucha su mal oye! Cuando una no quiere que hablen de ella que no dé motivos ¿estáis? ¡Pues no faltaba más!

La contestación de Rosa fue contundente; la *Pintada* recibió dos bofetadas que sonaron en su cara con la misma fuerza que dos golpes dados en un címbalo.

—¡Toma!—dijo Rosa.—¡Una por mi madre y otra por mí!

La revendedora de Meraud cerró los puños y se arrojó sobre Rosa.

Anita, sentada en un cesto de cangrejos, temblaba de miedo por su amiga, pero Clara no tenía fuerzas bastantes para resistir á

ésta, que la cogió del brazo y se lo retorció con tanta fuerza, que el dolor hizo que cayese la *Pintada* á sus pies. Loca de ira y de dolor intentó la morena arañar á la rubia, que sin hacer un esfuerzo muy grande la tendió cuan larga era en el suelo diciéndola:

—¡Muerde, víbora!

Y se volvió al puesto sin ocuparse de la *Pintada*; y habiendo recobrado toda su tranquilidad, porque aquella escena que se desarrolló con mucha rapidez, calmó su excitación nerviosa.

La tempestad no había terminado.

Un celador fuese corriendo en busca de uno de los Inspectores del Mercado, y éste al saber que se trataba de Rosa y Clara, las dos vendedoras más lindas, marchó á paso de carga al sitio del combate. Este incidente favoreció poco á Rosa, porque el Inspector, un mocetón rubio muy pretencioso y fátuo que creía ser un elegante, había querido mostrarse más de una vez muy galante con ella, y se vió obligado con una fría mirada á terminar sus avances haciéndole comprender que perdía lastimosamente el tiempo.

El Inspector era hombre de carácter vengativo; Rosa no podía contar con su apoyo, y después de una sumaria información en la que ni siquiera se la oyó, quedó demostrado que se habían dado unas bofetadas, y como fue la *Pintada* la que las recibió, el nuevo Salomón decidió con mucho apresuramiento.

Suspendiéndola durante ocho días y orden de cesar inmediatamente la venta.

Este fue el golpe de gracia.

Intervinieron la anciana Brejot y otras vendedoras y consiguieron que la sentencia se modificase un tanto, autorizándose á Anita para que ayudada de Hipólito, que había acudido corriendo al oír el barullo y lanzaba furibundas miradas á la *Pintada*, terminase aquel día la venta.

Despidióse Rosa de sus amigas, dió un beso á Anita y se retiró del Mercado con tanta tranquilidad como si no hubiese ocurrido nada. No obstante, en su fuero interno estaba muy indignada contra tantas injusticias y se decía:

—¡No! ¡No volveré más!

En una de las aceras de la calle de Rambuteau encontró á Ladurin.

—¡Señorita Rosa!—exclamó consternado al verla el carnicero.

—¡Y bien! ¿Qué hay, mi pobre amigo?

—¿Qué es lo que les pasa á cuantos os rodean?

—No lo sé.

—Cuentan horrores.

—¡Que vos creéis como los demás!

Ladurin se apenó mucho y dirigió una mirada de tristeza á su protegida.

—¡Yo! ¡No, no creo nada más sino que sois una joven muy honrada, y...

Detúvose vacilando.

—¿Y qué más?—preguntó Rosa, á la que animaba el franco rostro de su defensor.

—¡Que os amo!

—¿A pesar de lo que dicen de mí?

—¡Ahora y siempre! Mirad lo que son las cosas; aunque Meraud y todos los granujas que se le parecen me juraran por lo más sagrado que dicen la verdad, contando esas asquerosas historias, seguiría creyendo que sois la mejor y la más perfecta de todas las mujeres.

Esta contestación conmovió á Rosa.

—¡Gracias, amigo mío!—respondió.

Siguieron juntos por la misma acera dando unos cuantos pasos.

—¡Ah!—exclamó Rosa.—¿Cuánto daría por estar libre y poder vivir en un rincón lejos de este mundo infame y tan bestia que cree que son verdad todas las infamias, que en todas partes no ve más que lo malo, y no puede creer en la honradez de nadie!

—Escuchadme, señorita Rosa. Si queréis trabajaremos diez ó doce años y nos retiraremos después á nuestros valles, allá abajo en medio de las praderas. ¡Si quisieseis aceptar, cuan feliz me hariais! El trabajar no me importa, pero no me atrevía á hablar porque comprendo que no podéis amarme.

Dirigió una mirada lastimosa á su delantal manchado de sangre, y movió con desdén el hierro redondo que le servía para afilar las cuchillas. Miróle Rosa en el momento en que llegaban á la esquina de la calle de Montetour.

—¿Por qué?

—¡Diantre! Me parecía imposible... que no podía ser... eso sería demasiada felicidad para mí.

—¿Soy por ventura alguna Princesa de la sangre?

—¡Ah! ¡Si pudiese esperar!

—Veremos.

Separáronse después de decir Rosa esta palabra, y en aquel momento su alma ibase á Ladurin, pues era el único que no se mezclaba con sus enemigos y cuya estimación continuaba siendo inalterable.

Al llegar Rosa á la puerta de su casa ocurriósele una idea repentina, y retrocediendo dirigióse apresuradamente al telégrafo y envió á su madre un telegrama muy lacónico.

Ven inmediatamente. Te espero.

Volvióse luego á su casa, y encerrándose en su cuarto empezó á llorar, y poniéndose de rodillas al pie de la cama ocultó la cabeza entre las manos.

—¡Dios mío!—murmuró con acento acongojado.—¿Qué hice para ser tan desgraciada?

XII

En el momento en que Rosa encerrábase en su cuarto y se arrodillaba al pie de su cama, vióla la señorita Carpiquel que, como de costumbre se asomaba á su observatorio,

y convertida en testigo invisible de ese dolor, no se atrevió á interrogar á su vecina acerca de la causa.

En los momentos en que la aguijoneaba la curiosidad, la señorita Carpiquel desplegaba una actividad increíble, de la que nadie habría podido formarse idea á no verla, y habría podido decirse con justicia que era una gata hambrienta persiguiendo una bandada de ratones. Figuróse desde luego que iba á saber alguna historia muy curiosa.

En pocos minutos llegó á la pescadería en donde duraba aún la agitación producida por el incidente de Clara y Rosa. Las vendedoras estaban muy agitadas y se miraban unas á otras de través.

Las partidarias de Rosa habíanse repuesta de su sorpresa, y empezaba la reacción en favor de la reina del barrio, diciendo que habían sido los Merand los que las exasperaron con sus infamias, siendo la *Pintada* la que llevó las cosas á la exageración contando á Fermín, al gran cocinero, un parroquiano que como á otros muchos les había gustado la madre y la hija, un montón de infamias.

La Brejot fue una de las vendedoras que dió pruebas de más vehemencia, y al cabo su honradez la sublevó ante tantas infamias.

—¡Indisponerse con tan buenas compañeras, que siempre estaban dispuestas á prestar un servicio á cualquiera!—dijo.

La *Pintada* se permitió burlarse de esas palabras que se prestaban á un doble sentido, y á la Brejot agotósele la paciencia, y